



Occidente frente al terrorismo internacional

The West on International
Terrorism

LUIS GUILLERMO PATIÑO ARISTIZÁBAL

Magíster en Estudios Políticos, profesor y Director de la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Pontificia Bolivariana. Perteneció al Grupo de Investigación en Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas de la misma universidad. Medellín-Colombia. Correo electrónico: luis.patino@upb.edu.co

JUAN DAVID GARCÍA RAMÍREZ

Politólogo, candidato a Magíster en Estudios Políticos de la Universidad Pontificia Bolivariana y profesor de la Facultad de Ciencias Políticas de la misma universidad. Perteneció al Grupo de Investigación en Estudios Políticos de la Facultad de Ciencias Políticas de la misma universidad. Medellín-Colombia. Correo electrónico: juandgar82@gmail.com

Recibido:
22 de julio de 2011
Aprobado:
2 de diciembre de 2011



Resumen

El artículo plantea algunas reflexiones en torno al terrorismo internacional en el marco de los principios de las democracias occidentales a fin de comprender su repercusión y los retos del fenómeno a futuro. Se concluye que el terrorismo genera un nuevo escenario internacional en el siglo XXI planteando nuevas dinámicas de la política y de la seguridad en los Estados.

Palabras clave:

Posguerra Fría; terrorismo; guerra; Occidente; organizaciones internacionales.

Abstract

The paper exposes some reflections on International Terrorism within the framework of the principles of Western Democracies with the aim of understanding its impact and challenges in the future. It concludes that Terrorism creates a new International Stage in the 21st Century posing new Dynamics for Politics, and for Safety in the states.

Key words:

Post-Cold War; Terrorism; War; Western Society; International organizations.

Introducción

Con la caída del Muro de Berlín, el colapso del bloque socialista de Europa del Este y la desintegración de la Unión Soviética en 1991 culminó un periodo histórico denominado Guerra Fría, que permitió una relativa estabilidad del sistema internacional. En los años 90 empieza a configurarse un nuevo orden mundial con la hegemonía de los Estados Unidos como única potencia vencedora del enfrentamiento bipolar que se libró tras finalizar la Segunda Guerra Mundial. En este periodo se creyó que los valores de la libertad, los derechos humanos, la secularización y la democracia serían acogidos por las demás culturas sin ninguna discusión, creándose así un mundo a imagen y semejanza de los países occidentales.

Pero este sueño de estabilidad internacional y de hegemonía de Estados Unidos y sus aliados se derrumbó el 11 de septiembre de 2001 (11S), cuando unos aviones de pasajeros, fueron convertidos en misiles indetectables que afectaron algunos de los símbolos más sensibles del poder económico y militar de los norteamericanos, como las Torres Gemelas y el Pentágono. Este ataque es percibido no como un hecho de violencia aislada, sino como un ataque a las construcciones políticas y sociales más elaboradas del mundo occidental. Este acto va a ser entendido como un suceso de barbarie, producido por una organización como la de Al-Qaeda (la Red) que en adelante será considerado como un grupo terrorista, anti moderno y peligroso para el orden internacional, es decir, como un actor que representa la cara oscura de la Modernidad.

El 11S pone en evidencia muchos de los problemas que se creían superados en Occidente, como las múltiples reivindicaciones identitarias, religiosas y étnicas que por la vía violenta se convierten en motivaciones que llevan a la guerra y ponen en el escenario de las relaciones de poder la discusión sobre la denominada guerra preventiva o el ataque global al terrorismo, tesis que el gobierno de George Bush consolida luego del acontecimiento histórico del ataque a las Torres Gemelas en Nueva York, hecho que demuestra la convicción de combatir por parte de los Estados Unidos y sus aliados las nuevas amenazas contra la seguridad internacional, ocasionando lo que muchos autores, entre ellos Huntington, han denominado el “choque de civilizaciones” o “civilizaciones en disputa” como lo señalara Josetxo Beriain.

En este sentido, el orden internacional de la Posguerra Fría se construye simbólicamente a partir del miedo, se mediatiza la figura de los terroristas, se fabrican los discursos políticos sobre el intervencionismo y la violación de las autonomías propias del modelo de Estados-nación, para dar paso a unos nuevos rasgos en la

comprensión de la política internacional, donde el fundamentalismo religioso tiene un papel de primer orden.

¿Pero qué repercusiones tuvieron los atentados del 11-S? No sólo se cuestionó el poder unipolar de los Estados Unidos y su invulnerabilidad, sino que además se empieza a crear en la Posguerra Fría un escenario de inseguridad e inestabilidad internacional, gracias al resurgimiento del terrorismo. Ante esta amenaza Al Qaeda y su líder Osama Ben Laden se colocan en la agenda de seguridad de los Estados Unidos y sus aliados, que desde la administración de George Bush se lanzan a defender el “orden” internacional a partir de la denominada “Guerra Global contra el Terrorismo” e inician una serie de intervenciones en diferentes zonas del planeta con el propósito de destruir el “nuevo enemigo” que ponía en peligro la primacía de los valores occidentales.

Es pertinente señalar que el terrorismo no puede confundirse con un tipo de violencia común o acción mafiosa, su carga religiosa, fundamentalista y política continuará fracturando las relaciones internacionales en el siglo XXI y poniendo al límite, con toda su capacidad destructiva, a sociedades libres y democráticas como lo hizo con las de Madrid, Londres, New York o Bombay, porque como lo señalara Fernando Reinares:

La intención del terrorismo es suscitar reacciones emocionales tales como ansiedad, incertidumbre o amedrentamiento entre quienes forman parte de un determinado agregado de la población, de manera que resulte factible condicionar sus actitudes y dirigir sus comportamientos en una dirección determinada. Esto es lo que prima en los actos terroristas sobre el deseo de causar daños tangibles a personas o cosas (1993, p. 33).

Los atentados del 11 S permitieron no sólo a los gobiernos, sino además a los académicos, estudiosos de relaciones internacionales y a los mismos filósofos, a reflexionar sobre todo el peso histórico, cultural, político y religioso del concepto de terrorismo, llevándolos a adoptar una mirada crítica para comprender todas sus dimensiones y sus repercusiones en el sistema internacional contemporáneo. En este sentido, la obra de Giovanna Borradori, *La filosofía en una época de terror*, tiene un papel preponderante por cuanto en ella se pone de manifiesto el gran poder transformador y el compromiso que tiene la filosofía para interpretar con todo su poder crítico e independiente los acontecimientos que marcan el rumbo de la humanidad. En este caso, la autora italiana se vale quizás de uno de los hechos más significativos de la historia contemporánea: el 11 S, y en clave filosófica

pone a dialogar sobre este evento a dos de los filósofos vivos más importantes de la tradición occidental: Jürgen Habermas y Jacques Derrida:

Forzados al evento histórico más importante de sus vidas adultas, Habermas y Derrida se enfrentan por primera vez en este libro, en una variedad de registros que va desde el estilo lúcido y conceptualmente apretado del que solo filósofos de su calibre son capaces, hasta la voz realmente personal. (...) A pesar de las múltiples referencias a los acontecimientos actuales, estos diálogos son socráticos, representan un ejercicio único de análisis del aparato ideológico que opera siempre que las nociones de terror y terrorismo se discuten (2003, p. 271).

En esta mirada, Borradori concluye que en pocas oportunidades los libros de Filosofía y los filósofos pueden coincidir en el lugar y en el tiempo justo, con un hecho de tal magnitud como los atentados del 11 S. Así que sus diálogos con Habermas y Derrida son una oportunidad única de constatar el compromiso del intelectual: abordar con toda rigurosidad una problemática internacional, trazar líneas de interpretación y proporcionar buenos argumentos no para convertirse en activistas políticos, sino para presentar el trasfondo conceptual con poder crítico e independiente¹.

Es oportuno destacar en este contexto que desde los ataques del 11S, gran parte de la comunidad internacional señala al terrorismo como la principal amenaza a la seguridad a escala mundial. Pero, de las múltiples estrategias empleadas para amedrentar a la población, el uso de armas biológicas o químicas es una de las más temidas por la dificultad de controlarlo desde la sanidad pública. El desconocimiento de las características, el modo de actuar y la posibilidad de obtener vacunas o antídotos para combatir a los agentes usados son la principal limitación con que chocan los organismos de seguridad.

1 Como antesala a la disputa exhibida por Habermas y Derrida, está un debate interesante en torno a la defensa de los valores occidentales y al abuso de los mismos. En Inglaterra, en la dirección de la London School of Economics: Ralf Dahrendorf y Anthony Giddes (2001) coinciden en la defensa de los valores occidentales. En Italia Oriana Fallaci en el *Carriere Della Sera* titulado "La rabia y el orgullo" generó un debate donde participaron Dacia Maraini, Tiziano Terzani y Giovanni Sartori en torno a la conservación de la civilización occidental. Dacia Maraini (2001) junto con Tiziano Terzani rechazan la postura de Fallaci y plantean asuntos en los que la guerra no es la solución. Cierra el debate Sartori (2001) quien defiende a Fallaci y rechaza la posición de los otros. Entra a completar el debate sobre los atentados Halperín (2003) quien asume una posición pesimista desde una crítica enfática al carácter belicista de Norteamérica al combinar el militarismo moderno con las primitivas agresiones (Rodríguez, 2005).

Con los atentados, el bioterrorismo vuelve a estar en un primer plano de la agenda internacional, pues la posibilidad de que grupos fundamentalistas como Al Qaeda o Hamas obtengan sustancias químicas como el gas mostaza y el ántrax para atentar contra las sociedades occidentales, o liberen agentes biológicos que generen grandes pandemias, es cada vez más inminente. Actualmente la obtención de estos materiales y sustancias “prohibidas” es más sencillo, pues los grupos que tienen el propósito de obtenerlas se insertan en las mafias que operan como redes interconectadas en los procesos de globalización actual, articulando economías ilícitas -que tienen montos superiores a las lícitas- donde se trafican desde armas, drogas, personas, servicios sexuales, recursos naturales, materiales radioactivos, órganos, hasta sustancias químicas y organismos biológicos. En este sentido, ha sido necesario fortalecer los controles para detener este tráfico de la muerte utilizado en espacios de confrontación y fractura en zonas de alto valor estratégico, en las cuales se producen siguiendo a Mary Kaldor las “nuevas guerras”, donde los enfrentamientos entre dos ejércitos regulares pasan a un segundo plano, y las disputas con armas no convencionales hacen su aparición, sin tener presente ningún principio moral y ético que procure salvaguardar la sociedad civil, puesto que son “guerras bárbaras”, donde el único objetivo es vencer al enemigo sin importar las consecuencias y sin el respeto por el Derecho Internacional Humanitario.

Ante esta realidad, que no es nueva en su sentido histórico, no hay una legislación universalmente aceptada que enfrente esta manifestación, quedándose corta y hasta limitada, puesto que en muchas ocasiones el bioterrorismo se ha utilizado indiscriminadamente por fuentes afines a Estados, lo cual hace difícil su control y respectiva judicialización en pleno siglo XXI.

Dado el contexto anterior, el presente artículo tiene como objeto presentar la postura de tres perspectivas frente al terrorismo internacional en las que se debate su situación, las decisiones que han tomado al respecto y los retos hacia futuro.

La crisis de Occidente

Occidente, horrorizado con las imágenes de la violencia y de la guerra, se ha convertido en un gran tigre de papel, que actúa como espectador de la gran anarquía internacional y se ha despojado de referentes éticos para resolverla. Se sitúa en una cómoda posición neutral (preferentemente, ante las desafiantes potencias nucleares de Rusia, Irán y China, como de las dictaduras teocráticas del mundo árabe o

de los estados fallidos africanos), a medida que pierde su poder de influencia y su fortaleza económica y política.

Así, en la débil Europa, como en los Estados Unidos de América, se han entregado a las cálidas aguas de la deriva pacifista y el discurso antimilitarista, condenando insensatamente, por ejemplo, la respuesta oportuna de las instituciones hondureñas al atentado antidemocrático que perpetró Manuel Zelaya en 2009, y permaneciendo impotentes ante la tentativa de Chávez de capturar a Honduras en su red totalitaria. Por su parte, los antisemitas de todas las latitudes repudian a Israel, la única democracia del Medio Oriente, pero ofrecen comprensión y patrocinio a quienes pretenden imponer a Occidente la *Sharia*. ¿Por qué esta renuncia a sus valores e identidad?

Frente al peligro que para las sociedades libres representan la expansión del modelo totalitario del Socialismo del Siglo XXI, la islamización de Europa y otros proyectos semejantes, organizaciones internacionales como la OEA, la ONU y la Unión Europea, cuya función liminar reside en construir y defender la legitimidad de la sociedad internacional, al igual que contribuir al orden en el sistema internacional, están haciendo poco o nada, o tal vez, todos sus esfuerzos están orientándose hacia la realización de una idea cuestionable de la democracia, en donde los valores que la sustentan son prescindibles. Han interpretado erróneamente el mensaje de Huntington (1994), quien explicaba en *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*, la forma en que ocurre la transición a la democracia en aquellas sociedades sometidas a regímenes autoritarios. Huntington planteó que la democratización, en un primer momento, pasa por el final del régimen no democrático, la inauguración del democrático y su posterior consolidación. Desde luego, suele mediar un lapso considerable en la superación de cada etapa y los países sufren los cambios en circunstancias particulares. Pues bien: para la visión facilista y de corto plazo de las grandes burocracias internacionales, es más cómodo propender por una democracia elemental, puramente formal, que no exija a los gobernantes e instituciones compromiso alguno con el respeto a los derechos fundamentales, la observancia de los límites al ejercicio del poder político y la vigencia de las libertades civiles y políticas de los individuos.

De hecho, el éxito de las organizaciones internacionales, a excepción de la Unión Europea, no se debe propiamente al auge de Estados verdaderamente democráticos dentro de las mismas, y éste es uno de los mayores cuestionamientos que reciben en la actualidad. Baste con examinar la extensa lista de dictaduras teocráticas islamistas, frecuentes gobiernos de facto que resultan de guerras civiles

en África, juntas militares como la de Birmania o autoritarismos electorales como los de Kazajstán, Turkmenistán o Uzbekistán, para confirmar que la ONU es un club que privilegia las tiranías de todo el orbe.

Pero **¿Puede Occidente derrotar hoy al terrorismo?** Ésta es una inquietud que planteada en los años recientes. Lo han hecho los gobernantes y los ciudadanos, especialmente los de las sociedades democráticas, aquellas que con mayor crueldad han padecido este cáncer. La duda ha asaltado también a las organizaciones internacionales emblemáticas de la sociedad internacional actual, como Naciones Unidas, la Unión Europea o la OTAN, intentando determinar la naturaleza e identidad del terrorismo, y buscando la forma más eficiente de enfrentarlo. No pocos estudiosos de los fenómenos políticos de este tiempo, como Robert Kaplan (2003), André Glucksman (2004), Walter Lacqueur (1987) o Michael Ignatieff (2006), se han arriesgado a observar con rigor al mayor enemigo del mundo contemporáneo.

Pero entre ellos y muchos otros, Lacqueur es quien ha alcanzado un nivel de profundidad tal en la definición y descripción del terrorismo y los terroristas, alcanzando una comprensión más objetiva de esta realidad, lejos de lecturas prejuiciosas. Lacqueur habla del terrorismo en sus perfiles nacionalista y separatista, de extremas derecha e izquierda, del mismo modo que dedica muchas páginas al proveniente del fanatismo religioso, y no se olvida de aproximarse al narcoterrorismo. Aunque todos persiguen objetivos e intereses muy diversos, su origen es el mismo: la frustración por no hallar espacio en la sociedad libre y abierta, que no da cabida a sus ambiciones totalitarias. Pero, además, comparten una característica fundamental: los terroristas son exclusivos, constituyen siempre una minoría. ETA no representa la voluntad política de los vascos, por más que algunos partidos y movimientos que le secundan intenten hacerse un lugar en la democracia. Las FARC carecen de toda legitimidad y la sociedad colombiana los repudia absolutamente. Y los extremistas del norte del Cáucaso, que se han hecho sentir en los últimos años con atentados en Moscú, Ingushetia y Daguestán, sólo encuentran un respaldo residual entre los habitantes de esta región.

No obstante, estas organizaciones están consiguiendo a cabalidad su cometido principal: propiciar un entorno de miedo generalizado en la gente, de impotencia y vulnerabilidad ante sus acciones. Allí reside el éxito del terrorismo, que ha puesto en aprietos a Occidente y, en general, a todos los estados democráticos. ¿Cómo perseguir a un enemigo difuso pero potente, que emplea todos los medios del mundo libre para proyectar su odio contra lo que éste significa? ¿Son suficientes las medidas que han implementado los estados en la lucha antiterrorista?

Con los atentados terroristas ocurridos en el metro y aeropuerto de Moscú, en las calles de Bagdad, en Colombia y en España, o bien en el Cáucaso y el sudeste asiático, el terrorismo está haciendo una demostración de su poder destructor y desestabilizador. Rusia no es una democracia en el sentido estricto de la palabra, pero su gobierno está enseñando a todo el mundo cómo ha de combatirse a cualquier pandilla que quiera hacer daño a la población o desafiar al Estado. Por su parte, Colombia ha emprendido todos los esfuerzos por liberarse del terrorismo y en el país existe la suficiente cohesión social para rechazarlo.

Es posible derrotarlo, pero la estrategia más efectiva está en suprimir todo incentivo a sus pretensiones, en no ceder ni negociar lo innegociable. Esto implica que deba dejar de considerarse a las organizaciones terroristas como interlocutores válidos, como si se tratara de partidos políticos o iniciativas ciudadanas. Si los estados democráticos y las sociedades libres actúan de esta manera, estarán cayendo en su trampa tenebrosa, sería como poner en duda la legitimidad de las instituciones y la importancia de los derechos y libertades.

La ONU y la OTAN: el reto de replantearse

Para los Estados y las organizaciones internacionales, el terrorismo no es un fenómeno nuevo que los tome por sorpresa. El cambio en su comportamiento, actores, objetivos y estrategias, bien podría suscitar distracciones sobre el momento de su aparición y sobre su relevancia para los principales actores internacionales. Antes de 2001, la cuestión del terrorismo no formaba parte de las prioridades de seguridad de los Estados y solo se convirtió en una preocupación existencial a partir de ese año, mas no significa que desde antes no se prestara atención al problema.

Algunos hechos puntuales demuestran que el terrorismo ha estado presente en la agenda de la ONU, desde los primeros años de su creación y durante la Guerra Fría, así como en el corto lapso transcurrido entre el fin de ésta y el turbulento comienzo del tercer milenio: la Resolución 57 del Consejo de Seguridad, condenando “el grupo criminal de terroristas” (Boulden, 2008, p. 274) que asesinaron al mediador de la organización en Palestina, Count Bernadotte; la reacción al atentado contra el vuelo de la aerolínea Pan American, a comienzos de la década de 1990; o la secuencia de resoluciones que imponían sanciones al gobierno Talibán de Afganistán, por brindar protección a Osama Bin Laden y a Al Qaeda. De manera que el terrorismo no era un tema nuevo en septiembre de 2001, ni para el mundo ni para la Organización de Naciones Unidas, y no hay riesgo de equívoco

en afirmar que la Resolución 1.368 del Consejo de Seguridad se convirtió en mandato para los Estados y ha legitimado la lucha antiterrorista en todo el mundo, al reconocer el derecho a la autodefensa en caso de un ataque, y al requerir de los Estados medidas extensivas para “prevenir y suprimir el financiamiento de actos terroristas”², así como medidas para prevenir el uso de su territorio por parte de terroristas o de quienes los apoyan.

Por su parte, la OTAN es la organización internacional más relevante del sistema internacional contemporáneo, en lo concerniente a la construcción y mantenimiento de un entorno de seguridad colectiva, que en los primeros tiempos de la Guerra Fría era, más bien, de defensa colectiva, por la gran amenaza que para el espacio geográfico y político europeo y, en general, occidental, representaba el despliegue de los intereses del régimen totalitario de la Unión Soviética. Desde una perspectiva realista, solamente la OTAN podría caracterizarse como una entidad diseñada para contrarrestar los efectos de la anarquía que impera en la interacción entre los Estados, mediante el establecimiento de una alianza de orden político-militar, llamada a emplear la fuerza contra cualquier factor desestabilizador de la región noratlántico-europea.

Quedaría, pues, excluido cualquier organismo internacional que, al menos en su texto fundacional, procure los mismos objetivos y fines que la Alianza, como por ejemplo, la Organización de Naciones Unidas, dotada de un componente militar que pretende contribuir a la pacificación de los escenarios de conflicto, multiplicados a lo largo y ancho del globo. Y resulta interesante que una organización de alcance regional (la OTAN) haya trascendido más allá de su ámbito y se haya propuesto metas globales, universales (Boonstra, 2010), mientras que la otra, de alcance universal, sufriera un fracaso tras otro, únicamente si se habla de seguridad, resolución de conflictos, operaciones de mantenimiento o construcción de la paz (*peacekeeping*, *peacebuilding operations*) y de obtención de resultados plausibles en estos aspectos.

Las condiciones de la alianza en el nuevo escenario internacional

Desde su creación, en 1949, hasta hoy, la OTAN ha sido protagonista de acontecimientos que han transformado radicalmente las relaciones de poder en el mundo,

2 S/RES/1368 (2001). Consejo de Seguridad, Organización de las Naciones Unidas/Security Council, United Nations Organization. Nueva York: 12 de septiembre de 2001.

viéndose forzada a cambiar ella misma. Cinco son los momentos que podemos identificar como decisivos para la existencia de la institución: 1. Comienzo de la Guerra Fría, en 1945. 2. Fin de la Guerra Fría, entre 1989-1991. 3. Adopción de un Nuevo Concepto Estratégico, en 1999. 4. Atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001, en los Estados Unidos de Norteamérica. 5. Replanteamiento del Concepto Estratégico, en 2010.

Estos cinco períodos nos permiten comprender las razones que han exigido a la OTAN una evolución permanente, para ajustarse a los desafíos de cada época y reinventarse cada vez. En realidad, los dos primeros momentos forman parte de un mismo estadio histórico, el de la Guerra Fría, entonces se hablaría de un principio y fin. Durante 46 años, el enfrentamiento bipolar entre Estados Unidos y la URSS sentó las bases para la disputa por el poder en las relaciones internacionales, y la OTAN cumplió a cabalidad con su función defensiva frente al Pacto de Varsovia (su contraparte), cuyo éxito estuvo garantizado en la práctica por el equilibrio de poder, natural y previsible entre dos superpotencias. Así, un período tan estático no permitió a la OTAN hacer demostraciones de su capacidad de actuar, pues su ámbito europeo de influencia se mantuvo en relativa calma y estabilidad.

Ahora bien, el derrumbamiento de la Unión Soviética y la consecuente transición del sistema internacional bipolar al unipolar, generaron una importante crisis en la organización, porque sus instrumentos militares perdieron sentido, tanto en lo material como en lo estratégico, al haber sido concebidos para un modelo bipolar. Ya no había amenaza militar que proviniera del Este y la desintegración de la URSS, con los posteriores procesos de democratización de Europa Oriental y Asia Central (desde luego, no una democratización real, sino la configuración de democracias iliberales), también ponían en riesgo la orientación axiológica del Tratado de Washington, si en sentido estricto afirmamos que la competencia entre democracia y totalitarismo en Europa terminó en 1989 con el triunfo de la primera, y que la oposición libertad vs represión desapareció.

La OTAN halló solución a su dilema existencial de la inmediata Posguerra Fría, circunscribiéndose al mantenimiento de la seguridad y la paz en la zona europea, y asumiendo compromisos como la prevención de conflictos, la gestión de crisis y el reto de la ampliación. Pero la organización no contaba con que el decenio de 1990 sería especialmente turbulento para Europa y que, incluso, tendría que empezar a actuar por fuera del continente. Tres episodios pusieron a prueba sus capacidades militares y eficacia: en 1991, la Operación *Provide Comfort*, de carácter humanitario, para proteger a los desplazados kurdos en el norte de Irak, perseguidos por la dictadura de Saddam Hussein. En 1994 y 1995, con la inter-

vención en la Guerra de Bosnia-Herzegovina, mediante contundentes ataques aéreos para combatir a las fuerzas serbias, y ante el fracaso de la Unión Europea y las fuerzas de paz de la ONU. Y en 1999, con la reactivación del conflicto por los ataques serbios sobre Kosovo, forzando al gobierno de Milosevic a retirar sus tropas de esa región.

La forma en que intervino en tales conflictos y el balance de su actuación, llevaron a la OTAN a considerar su papel en el nuevo entorno (Tiilikainen, 2010). Es dable sostener que durante los noventa y hasta 2001, la OTAN vivió una gran incertidumbre, causada por un panorama completamente distinto, de consolidación de Estados Unidos como la única superpotencia, con sucesos paralelos como la reactivación de los conflictos separatistas y secesionistas en Europa Oriental y el Cáucaso y la aparición de nuevos estados en Asia Central; el colapso y la crisis humanitaria en los estados centroafricanos; y el aumento de las tensiones en el Medio Oriente.

Esta realidad ofrecía a la OTAN dos alternativas: dar la espalda a los hechos y limitarse a Europa y el Atlántico Norte, o asumir un compromiso serio frente a los desafíos planteados a la seguridad internacional, problema de gigantescas dimensiones que ningún Estado, ni siquiera los Estados Unidos, podría contraer en solitario, haciéndose cada vez más imperiosa la necesidad de concretar una auténtica cooperación internacional, por la protección de unos intereses que no concernían exclusivamente a los miembros de la Alianza, sino a todos los que comparten algún grado de integración económica, política y militar con ellos.

Y en la actualidad, al descrito estado de cosas del decenio de 1990 y que aún persiste, se suman las profundas transformaciones del escenario internacional a partir de 2001, aceleradas por la globalización y la emergencia y expansión de nuevas amenazas, como la proliferación de armas nucleares, el carácter difuso del terrorismo (de tipo religioso y político, fundamentalmente), el auge de la piratería en regiones como el Océano Índico y el Sudeste Asiático, o la multiplicación del crimen organizado internacional. Además, el estancamiento demográfico en la generalidad del mundo occidental y la confusión de la identidad cultural que la inmigración ha producido en Estados Unidos y Europa, indudablemente afectan los valores que informan la OTAN, pues no es muy seguro que una mayoría de los nuevos habitantes de estos países sienta hoy simpatía por los objetivos y fines que la organización ha impulsado desde 1949.

Y lo más importante de todo: el reemplazo de la guerra regular (interestatal) por la guerra irregular, en la que los ejércitos y los servicios de inteligencia se

enfrentan a enemigos que no representan a un Estado, ni son fácilmente reconocibles. Este tipo de guerra genera una situación asimétrica entre las fuerzas de la OTAN y los grupos contra los que lucha, por cuanto estos últimos privilegian el uso de medios no convencionales y desconocen cualquier limitación institucional a sus acciones. Es en esta área, especialmente, en donde la adopción de un nuevo Concepto Estratégico se vuelve vital para el futuro de la organización.

Las diversas misiones desplegadas dentro y fuera de la zona noratlántico-europea, como KFOR (Fuerza de la OTAN en Kosovo), ISAF (Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad, o *International Security Assistance Force*) o la NATO *Training Mission-Iraq* (Misión de entrenamiento de las fuerzas de seguridad iraquíes), deben, para alcanzar el éxito en la estabilización de esas regiones, continuar evolucionando en el dominio de la guerra irregular, lo que implicaría situarse, para efectos prácticos, al nivel de los grupos insurgentes y terroristas que operan en Afganistán, Pakistán e Irak, principalmente, de igual forma que aquellos que hacen presencia en los Balcanes y el Cáucaso.

La misión de la OTAN hacia el futuro venidero es, por supuesto, mucho más compleja que la de los primeros años de la Posguerra Fría, considerando que tendrá que contar con el advenimiento de un sistema multipolar en formación, por la consolidación de nuevas grandes potencias en el sistema internacional (Brasil, Rusia, India y China) y el posicionamiento regional de actores que, en el pasado reciente, no poseían gran relevancia estratégica (Colombia, Indonesia, Vietnam, Egipto, Turquía y Sudáfrica). La Alianza cuenta hoy con 28 miembros y 22 países asociados, y dentro de su reforma se prevé la inclusión de Ucrania, Georgia y Macedonia, todos estados claves en el fortalecimiento político de la organización y en la consecución de un mundo más seguro.

Pero el aspecto realmente crucial, que signará el futuro de la organización y le permitirá mantener su viabilidad y fortaleza, debe ser la profundización de la cooperación transatlántica entre Estados Unidos y la Unión Europea (desde luego, incluyendo a Canadá y Noruega, dos protagonistas de la cooperación internacional y miembros de la Alianza), manteniendo vigente el principio de la seguridad colectiva y materializando la necesaria unión que debe existir entre estos. En los años recientes, la percepción desde Rusia y el Medio Oriente, principalmente, de una competencia en todos los órdenes entre las dos potencias, generó divisiones y debilitó su capacidad para llevar el consenso multilateral a la acción y, muy probablemente, allí se encuentre la razón para que el éxito, ya en Afganistán o bien en el Líbano, esté aún lejos de lograrse (Howorth, 2010).

Es cierto que la hegemonía de Occidente enfrenta hoy retos, y que incluso se habla de un mundo post-occidental, en el que las nuevas potencias ejercen cada vez mayor influencia internacional, lo cual exige una gran voluntad de poder por parte de la Alianza, para seguir impulsando sus intereses estratégicos. Pero no debe enfrentarse este desafío con la prevención propia de la época bipolar, sino con una cautela que sugiere promover la colaboración con países que no forman parte del espacio euroatlántico.

Conclusión

El terrorismo no es, como se ha visto ya, un fenómeno nuevo en las sociedades actuales, ni un producto negativo de la globalización. Es cierto que ésta ha servido como instrumento para su expansión y difusión, así como para consolidar actores que le han dado mayor relevancia, poder y capacidad de condicionamiento de los estados y las organizaciones internacionales, pero no puede incurrirse en el error de calificar al terrorismo como una nueva forma de violencia. Ha acompañado al mundo por siglos y ha generado una atracción inusitada, gracias a su carácter dramático y a su ocurrencia inesperada, súbita.

En el pasado, los ataques terroristas no causaron tanto daño como hoy ni fueron tan pródigos en víctimas mortales, a pesar del fanatismo y radicalismo de quienes los cometieron. No ha cambiado la naturaleza humana y es posible que tampoco lo hayan hecho las razones políticas, religiosas, económicas o sociales para el terrorismo, pero los sujetos y las organizaciones que lo practican disponen hoy de nuevos medios y recursos: las armas de destrucción masiva y la capacidad de controlar las tecnologías de información y comunicación, así como el acceso a los recursos naturales. Desde hace unas décadas, la posibilidad de matar cientos de personas ha aumentado y, más grave aún, los nuevos grupos terroristas no requieren ya de miles, ni siquiera de cientos de integrantes para causar dichas muertes, sino que son cada vez más pequeños y difíciles de detectar por las fuerzas de seguridad y los organismos de inteligencia de los Estados, como también han logrado establecer mejores y más fluidas relaciones con gobiernos que los patrocinan o comparten con ellos alguna causa o interés. En el futuro cercano, será posible que la combinación de armas nucleares, biológicas o químicas, junto con el respaldo de regímenes autocráticos o totalitarios, permitan a los terroristas asesinar a miles, incluso cientos de miles de personas y generar aún más pánico e inestabilidad en las sociedades objeto de sus ataques. Si estos factores permiten al terrorismo evolucionar y ser más efectivo, los Estados y las instituciones interna-

cionales encargadas de la seguridad internacional deberán responder a este desafío, sin eufemismos ni vacilaciones. Los límites que la democracia y el Estado de Derecho imponen a la acción antiterrorista, principalmente en Occidente, tienen que ser proporcionales al imperativo de garantizar las libertades individuales y la seguridad, pero no pueden ser ajenos a las facilidades que los terroristas tienen para actuar y conseguir sus objetivos.

Referencias

- Boonstra, J. (2010). ¿Vino viejo en odres nuevos? El nuevo concepto estratégico de la OTAN. *Policy Brief (FRIDE)*, 38, 18-30.
- Borradori, G. (2003). *La filosofía en una época de terror*. Buenos Aires: Taurus.
- Boulden, J. (2008). *Terrorism (Chapter 24)*. En Weiss, T. (Ed.). *The Oxford Handbook on the United Nations (427-436)*. Oxford: Oxford University Press.
- Clausewitz, K. (1984). *De la guerra*. Barcelona: Labor.
- Dahrendorf, R. – Giddens A. (2001, octubre 18). Recuperemos los valores de Occidente. *Diario el País*. Madrid.
- Giraldo, J. (2001). No polite. Pasado, presente y futuro del 11 de septiembre. *Revista de Estudios Políticos*, 19, 93-118.
- Halperín, T. (2003, febrero). Mientras espero la Guerra. *Diario Clarín*. Buenos Aires.
- Falaci, O. (2001, septiembre 30). La rabia y el orgullo. *Diario el Mundo*. Madrid.
- Howorth, J. (2010). The EU, the US and NATO. En What do Europeans want from NATO? *Report (ISS-European Union Institute for Security Studies)*, 8, 13-15.
- Huntington, S. (1994). *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Maraini, D. (2001, octubre 2). Oriana, el dolor no tiene bandera. *Diario la Nación*.
- Laqueur, W. (1999). *The New Terrorism: Fanaticism and the Arms of Mass Destruction*. New York: Oxford University Press.
- Lewis, A. (2004). La legalización de la tortura tras el 11-S. *Claves de razón práctica*, 147, 20-21.
- Londoño, P. (2001). *El terrorismo: un nuevo reto para Estados Unidos*. En Centro de Investigaciones y Proyectos Especiales-CIPE. (Ed.). *Observatorio de Análisis de los Sistemas Internacionales-OASIS (11-44)*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Patiño, C. (2006). *Guerras de religiones: transformaciones sociales en el siglo XXI*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Raban, J. (2005). La verdad sobre el terrorismo. *Claves de razón práctica*, 150, 26-33.
- Reinares, F. (1993). Características y formas de terrorismo político en sociedades industriales avanzadas. *Revista Internacional de Sociología*, 5, 35-67.

- Rodríguez, E. (2005). Orden global y guerra justa en el pensamiento de John Rawls. En Grueso, D. (Compilador). *John Rawls: Legado de un pensamiento (201-227)*. Cali: Programa Editorial Universidad del Valle.
- Sartori, G. (2001, octubre 17). Oídos los críticos, Oriana tiene la razón. *Diario el mundo*. Madrid.
- S/RES/1368 (2001). *Consejo de Seguridad, Organización de las Naciones Unidas/Security Council, United Nations Organization*. Nueva York: 12 de Septiembre de 2001.
- Tiilikainen, T. (2010). The EU, NATO and Russia. En *What do Europeans want from NATO? Report (ISS-European Union Institute for Security Studies)*, 8, 19-22.
- Villalonga, L. (2009). La amenaza actual del bioterrorismo y, en general, de las armas de destrucción masiva. Recuperado de <http://www.fundaciovilacasas.com/ca>